

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.  
Comunicados á precios convencionales.  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 78

JUEVES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1901

### PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea  
En tercera. . . . . 00'10 id id.  
En cuarta. . . . . 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

## Grande y chica

¿La pequeña patria? Es una realidad indiscutible. Cierta comunidad, más ó menos estrecha, de origen, de raza, de territorio, de lengua, de creencias, de carácter, de costumbres, de historia, forma el espíritu nacional. Esta comunidad nunca es completa más que en la patria chica. Allí encuentra cada uno la personalidad colectiva que corresponde por entero á su personalidad individual. Influxo de herencia, afectos de familia, relaciones de amistad, ligan casi siempre al individuo con el lugar de su nacimiento. Aquel es el país de sus recuerdos como el de sus predilecciones. Todos los vínculos que enlazan al mundo exterior con el espíritu, únenle á ese medio natural y social por modo indisoluble. De él recibe el hombre creencias, costumbres, aptitudes, aficiones. Dentro de él se forma ese cuerpo y alma. Su cielo le dió la luz primera; en su dialecto aprendió á balbucir su pensamiento. Clima, paisaje, hasta los productos del suelo le son gratos y familiares. El mismo se considera en cierta manera como una concreción del medio y á cuanto le rodea como la expansión lógica y natural de su propio ser.

Muchos de los elementos que integran la concepción teórica de la nacionalidad faltan las más de las veces de hecho en la patria grande. ¿Origen? Existen de siempre, y hoy vemos formarse nacionalidades de aluvión, constituidas por los factores más heterogéneos. ¿Raza? Las más de las naciones modernas son verdaderas babeles étnicas, donde latinos y germanos, gente de procedencia africana y asiática, arios y semitas se mezclan y confunden. ¿Lengua? En ninguna nación acaso dejan de ser inentendibles para los habitantes de una comarca los dialectos de las otras. ¿Creencias? El espíritu moderno ha recabado en este punto para el individuo la libertad más absoluta. ¿Carácter? No es raro que el regional se asemeje más al extranjero que al de otras regiones de la patria. ¿Costumbres? Las influencias climáticas peculiares de cada localidad suelen ser las que las engendran.

¿Qué resta, pues, como base y fundamento de las naciones? Resta la historia. De todos los elementos que se supone constitutivos de la nacionalidad uno solo, el territorio, tiene carácter permanente. Pasan las razas, se mezclan ó se expulsan, se suceden ó se confunden con sus lenguas, creencias, costumbres, instituciones é ideas, en un continuo cambio, en una incansante agitación, semejante á la de las olas. Pero el territorio queda. Toda unidad territorial bien definida llega á ser necesariamente asiento de una nación. Es el crisol donde las substancias más heterogéneas acaban por formar á la larga una masa compacta bajo la incontrastable del energético fundente de los siglos. De esta suerte se engendran las grandes nacionalidades. Al mandato imperioso de las leyes de la vida, todos los particularismos se subordinan y coden todas las rebeldías. Así nace el espíritu nacional, originado en la conciencia más ó menos clara de una convivencia necesaria, del obligado cumplimiento de un destino colectivo. Así nace el amor de la patria, fortificado por la comunidad de recuerdos y esperanzas, de venturas y desdichas, de triunfos y reveses, de glorias ó afrentas que fueron, de grandezas ó miserias que serán, de un pasado que á todos pertenece y un futuro que á todos espera.

De aquí la diferencia entre la grande

y la pequeña patria. El sentimiento regional es hijo de la naturaleza; el nacional lo es de la historia. Se ama al país natal originario, espontáneamente, aun antes de comprenderlo; á la nación se le ama sólo después de haberla comprendido. Se siente al uno; á la otra hay que pensarla. El amor del terruño es un cariño instintivo; el de la patria es un cariño razonante. Sin el amor patrio, el apego local degenera en particularismo estrecho; sin el calor del afecto regional, el patriotismo corre harto riesgo de extinguirse en los hielos de la abstracción.

Patria chica y patria grande se necesitan y suponen recíprocamente. Son entre sí lo que la parte al todo, la célula al tejido, el órgano al organismo. La idea de un miembro sin cuerpo no es en sí misma menos absurda que la de un cuerpo sin miembros. Al crear éstas como instancias intermedias entre el egoísmo individual y el amor humano, el destino de la vida es patente y manifiesto. El amor de sí mismo es el germen inicial de todos los amores. Todos de él proceden y todos en él se originan. Para emancipar al hombre de su egolatría se vale la Naturaleza del poderoso atractivo del sexo y del cariño de la prole. El afecto regional eleva al corazón sobre el egoísmo puramente familiar y doméstico. El patriotismo ensancha luego el horizonte de nuestros amores. Un espíritu de comunidad continental, ya en vías de formación, emanará un día del patriotismo. El amor humano tendrá su sazón. Y así, de grado en grado, se alzará el sentimiento hasta el amor universal. De estos cariños, que nacen unos de otros, ninguno hay que niogue á su padre. Todos persisten después de engendrar, y mutuamente se sostienen. Son los peldaños de la escala por donde el alma se eleva á las más erguidas cumbres de la afectividad.

Hombres de poco aliento se fatigan, se sientan en el peldaño y rehusan seguir la ascensión. Unos se detienen en el egoísmo, otros en el amor á la familia; éstos en el afecto regional, aquellos en el patrio amor. Es cuestión de resnellos. Egoístas de sí ó de los suyos, regionalistas exclusivos, patriotas cerrados é intolerantes, no son otra cosa sino típicos del alma. Los hay que, presa de furor atávico, sienten el vehemente deseo de destruir la labor de la Historia para hacer revivir los tiempos del particularismo estrecho. Seres de otra edad, nacidos en la nuestra por anacronismo, experimentan la nostalgia de los siglos á que pertenecen. Si se les deja, acabarán acaso por resucitar al mammoth y por restaurar la caverna.

Alfredo Calderón.

## Vanitas vanitatis...

Hasta mi digno carbonero, cuya conciencia no es semejante en color á sus manos, se dejó tentar por el demonio del orgullo y tiene ciertas hermosas cartulinas que dicen al pie de la letra: Don José Tortosa.—Carbonero. Ayer me ha enviado una de las tales targetas y sobre su don edificio este artículo.

Salomón, que fué bonísima persona y que pudo ser don Salomón perfectamente, decía en sus buenos tiempos mal de los hombres, pues ya todo era vanitas vanitatis et omnia vanitas; y eso que el buen sabio no conoció á los orgullosos que se encasquetan lindamente un don y se inflan como el pavo real, que es el vanidoso más parecido al hombre. Si el pobre Salomón levanta la cabeza y vé á nuestros más distinguidos hombres públicos, se muere de un empacho de modestia.

El origen del don, como diría el ilustre bobo, se pierde en la noche de los tiempos: no obstante D. Moisés, don Dario, D. Pericles, D. Sócrates, D. Ale-

jandro Magno, D. Anibal, D. Julio César y otros superhombres de los tiempos en que no existía el superhombre, han sentido sus reales en la historia, modestamente, sin don ni cosa que lo parezca. ¡Qué rabia para ellos cuando figure en el gran libro un gran hombre de nuestros días, un Don Valeriano Weyler, verbigracia!

No son pocos quienes opinan que del dominus romano ha nacido el don que mi carbonero ostenta orgullosamente; aun antes de comprenderlo; á la nación se le ama sólo después de haberla comprendido. Se siente al uno; á la otra hay que pensarla. El amor del terruño es un cariño instintivo; el de la patria es un cariño razonante. Sin el amor patrio, el apego local degenera en particularismo estrecho; sin el calor del afecto regional, el patriotismo corre harto riesgo de extinguirse en los hielos de la abstracción.

Pícaros y locos no se cansan de lucirla. El pobre Alonso Quijano el Bueno se llama don Quijote en cuanto se guilla, y no pierde el don hasta la hora feliz en que recobra el juicio. Doña Molinera y Doña Tolosa llama el Ingenioso Hidalgo á las dos mozas del partido que topa en la venta. ¡Y las mozas del partido de alto copete siguen usando el don á todo pasto! El pobre Panza, en cuanto se le desvanece la cabeza, insta á su mujer para que tome aires de señoría, pero no logra su intento, porque la muy juiciosa dice: «Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mundo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas.» Lector mio ¿no conoces tú á más de una Excm.a Sra. D.<sup>a</sup> Teresa Panza?...

Hoy día, el don nace del din, porque ya lo decía el poeta:

Vuestro don, señor hidalgo  
es el don del algodón,  
que para tener el don,  
necesita tener algo.

Así que escurando en la vida íntima de algunos personajes, vemos que el don, adquirido por derecho de conquista, tiene tal prosapia, que hace tan digno al sujeto que lo usa, como lo fuera quien decía:

A ser tan grandes mis deudos,  
como son grandes mis deudas,  
delante del rey, sin duda,  
cubriese muy bien pulcieran.

Debemos suponer que en el número de deudas de ese Don Nadie, (español castizo) no figuraban las del juego, tenidas como deudas de honor, tan justamente como se nombra sentido común «al menos común de los sentidos». ¡Cosas de algún Lindo Don Diego, explicadas y aclaradas en una docena de proluiones greco-latinas por algún pedante Don Hermógenes, ingerto en vracísimo Don Ermegucio!

Don Turuleque me llaman,  
imagino que es adrede,  
porque se zurren muy mal  
el don con el Turuleque.

¿A que no existen dos Turuleques en España que hablen de tal modo? ¡Quí! Y eso que á alguno más le importa el dan que el don, aunque dice á quien pone en duda «que es más alta su hidalguía—que el trono del mismo sol»:

pues lo de ser caballero  
no sé como me lo niega,  
viendo que hablo despacio  
y que hago mala letra.

Maldigan á Villergas los que son caballeros por lo que este dice y deberían repetir:

pues para ser señoría  
no me falta sino serla,  
y llevemos de la mano á su casa solar,  
donde dirían con el gran satírico:

Es mi casa solariega  
más solariega que otras,  
pues por no tener tejado  
la entra el sol á todas horas...

Para estos infelices el colmo de la dicha fuera llamarse Donato ó Donoso, pues se firmarían Don Don Ato ó Don Don Oso, escudándose en la carencia de conocimientos gramaticales para justificar el uso por duplicado del don. ¡Vanitas vanitatis!...

Algo debe tener el agua cuando la bendicen y algo tendrá el don cuando sólo un santo lo usa, el venerable don Antonio de Honecala, magistral de Aeda, mentado hace poco por el Maestro Sánchez Pérez...

Tan hondo llega el contagio, que un pobre gallego, á quien su hermano Bartolo escribía, (después de raerse el pelo de la dehesa en Cuba), firmándose Bartolomé, le contestó indignado:

«Si por marcharte á la Habana,  
te firmas Bartolomé,  
yo, sin salir de Galicia,  
llámome Pericomé.»

¡Y yo me llamo Andana! ¿Será esto vanitas?...

Augusto Vivero.

## RAPIDA

Recuerda alguno de mis lectores, y pásemle la cita, una novela del P. Coloma, intitulada «Por un piojo.» Si, pues la saco á relucir para que no se me tache de hombre de mal gusto al hablarles del protagonista de una historia que parece cuento. Es el caso que se cierra sobre España una reclamación diplomática, por lo que sigue: «Se dirigen á San Sebastián los embajadores y ministros plenipotenciarios que veranean en Zarauz, bien colocaditos en un vagón de primera, cuando se zampán en este algunas mujeres que no hallaron asiento en los coches de tercera. Las mujeres llevaban una porción de galinas y estus una porción de... homininos del protagonista de la novela precitada, que se trasladaron cómodamente á las flamantes residencias de los diplomáticos. Estos que iban á San Sebastián para asistir á una recepción, siguiendo lo advertido en la popular locución y reclaman por la vía diplomática no sabemos si la limpieza de los hoy repulsivos uniformes ó el castigo de la compañía del ferrocarril de San Sebastián á Elgoibar y Bilbao. ¡Ah, Padre Coloma! Tú conociste lo que podía acontecer «por un piojo», mal intencionado, pero nunca supiste que la tranquilidad de un pueblo dependiese de tan mínimo «ser», ¡de un recalcador de contribuciones en abreviatura! ¡También duermes como Homero, Padre Coloma! Lástima que tu «protagonista» y los políticos españoles no duerman mucho, mucho, mucho.

San Miguel.

## RECTIFICACIÓN

He sido honrado en esta redacción con la visita de tres dignos señores pertenecientes al cuerpo general de la armada los cuales en representación de sus compañeros de cuerpo y de todos los de Marina, han venido de Cartago para pedirme explicaciones sobre nuestro artículo, intitulado «Zafarrancho» publicado en el número 1.048 de nuestro periódico del día 3 del corriente.

Correctos en su actitud los señores marinos como lo son siempre los de la caballería marina española, cuando circunstancias especiales no les obliga como sucedió en San Sebastián á saltar por encima de ciertas conveniencias sociales, hemos atendido sus justas quejas y nos apresuramos á declarar, que el espíritu de clase y la falta de serenidad han informado el artículo de referencia hasta el punto de que, queriendo agradar á nuestros compañeros de San Sebastián los hemos adjudicado el papel de Dewet y Sampson, á los cuales ni América ni la Historia juzga como héroes, dada la desproporción de fuerzas y la sublime conducta de nuestros marinos.

En el calor de la improvisación se nos deslizaron frases que han ofendido á nuestros dignos marinos y las retiramos dándolas por no estampadas, pues reconocemos que tanto en Cavite como en Santiago no pudieron llevarse más allá el patriotismo y la disciplina, ni el espíritu de sacrificio.

Esta es la verdad y razonadamente lo reconocemos, haciendo público para satisfacción de nuestros marinos y como homenaje á la verdad y á la justicia.

J. A.

## LA FERIA

Allá las diez serían cuando llegué á la Glorieta con hartó contento de los paseantes y mío. De los paseantes, por el gustazo que se dan cuando de ellos hablo y mío por dolerme los pies, inconveniencia de usar zapatos nuevos, y deseaba con todo el dolor que sentía, ocupar la de hierro, incómoda, coja y deseada silla.

Ni el Vicario de Zaranz sabía, ni podía saber, como estaba anoche la feria. Desde Pelayo hasta el día de las últimas declaraciones de Silvela, quizá y sin quizá no se haya visto una noche como la de anoche, una animación parecida y una lata musical más «noteorológica» y problemática. Aparte de la

animación nunca vista en las llamadas casetas, que, para darme un mentis, se llenaban de gente, ávida de comprar flautas, tambores; muñecas, caballos y otros enseres preciosos é indispensables al género humano desde su creación hasta nuestros días.

¡Qué petardo se han llevado los que creían que la feria iba á estar desanimada! Cuando más entusiasmado estaba mirando un «regateo» entre un vendedor y un comprador, oigo á mi espalda una voz que decía lo que diré: «Hace usarcó la dignación de prestarme sus ardoras fumacélicos para saciar mis apetitos impúdicos? No quise volver la cabeza; para qué? habia conocido al literato mi amigo, que, en su afán de decir algo nuevo, como los políticos, evocaba recuerdos del Moro Muza.

Nos reunimos y dió comienzo la plática jamás por nadie imaginada y más graciosa habida entre dos seres civilizados desde la invención del partido católico.

—Inconveniente estuvo anoche, amigo. Su seccioncilla resultó extraña, incomprendible; ¿á quién se le ocurre pensar en cosas viejas, pasadas de moda, y sobre todo, en hacer descripciones como la que anoche hizo V.?

—Si no miráramos atrás, si no pensáramos—contesté á mi amigo—créa V. que podríamos vivir?

—Pero crea V. que en España y en este siglo se piensa? Mal creído. Desde Sagasta á el último alcalde, no se piensa, ¡quí! ¿Para qué perder el tiempo en una cosa tan insignificante y que á nada conduce?

—Luego V. no piensa? Y si esto es así, crea V. que las demás personas tengan esas ideas?

No lo creo, lo afirmo. Podría citarle á V. una infinidad de ejemplos; pero, ¿á qué hacerlo? Ahora mismo, créa V. que si D. Teodoro piensa en la feria la hace? No, y mil veces no.

—Amigo, siempre se exagera algo. Yo he sido el primero de nosotros dos, que he pensado que esta feria me parecía una solemnidad mamarachada, más aunque lo haya pensado no lo he dicho ni lo diré.

—Muy dueño es V. de hacer lo que quiera, pero ha de saber que yo, encargado de hacer esa sección que intitula V. «La feria», la haría mejor, lo que no quiere decir que V. la haga mal. ¡Dios me libre!

—¡Sin pensarla!  
—¡Sin pensarla, amigo! ¡Si no fuera porque le veo por las noches en este paraíso, diría que V. ha visto la feria como yo lo que hace el alcalde!

—Pues mañana hace V. la sección de feria, y punto redondo. ¡Que la ponga V. como no digan dueñas!

—¡Qué me place!

Monte Cristo.

## Nuestra palomita

Hoy he estado en la casa de la plaza de Fontes para saludar al Agricultor, que viene de «Bilbado» muy satisfecho y que á su paso por la villa del oso ha estado en cierto edificio de la calle de Alcalá y allí expuso sus quejas contra los caciques que esterilizan todas las iniciativas y obtuvo el consentimiento para perseguirlos decididamente y empapelar todos aquellos sitios en que ay untamientos y donde no se recauda ni una parpayota calichera.

Hay que moralizar—le dijeron—y no debe consentirse que los menos dilapiden la fortuna de los más. Hay que perseguir incansablemente á los que se distraen también, para que no se aburran, cuantos fondos se ponen á su alcance.

A mi salida, di un revoloteo por las oficinas inmediatas y tuve ocasión de examinar ciertos libros con unas hermosas láminas y me entretuve contemplándolas! En primer lugar figuraba el Papa Negro, sujeto muy amigo del Casaca. Más adelante, me extasié ante unas hojas llenas de números y de las que se desprendía un tufillo á pastel que le hablandaba á cualquiera las entretelas... del bolsillo del chaleco.

Aquí debe de haber algo de deudas de propios y extraños, me dije y me pareció ver en esto, una inscripción en lo pared, que si no era la famosa del festín de Baltasar, era algo semejante á un Panamá! gigantesco.

La otra lámina, hermosa por cierto, representaba á la ciudad de Cartago. Magnífico paisaje nocturno. Aso